

FOLLETÍN.

Un matrimonio en París.

Por M. Mery.

[...] Aquí vamos a contar una escena de duelo que hallará acaso muchos incrédulos porque es verdadera. Hará nacer serias reflexiones entre nuestros escritores dramáticos, cuyas obras estudiadas y tomadas con seriedad por esos pueblos cándidos que acudan todos los días a sentarse al banquete universal de la civilización, y que para iniciarse mejor en nuestras costumbres, vienen a aprenderlas a nuestros teatros, que son la escuela de ellas, como se lo decimos a los bárbaros todos los días. [1ro f.\_v. col. 2]

[...] De consiguiente, para elevarse a la altura de las costumbres europeas, sacaron las espadas todos tres, y el más músico de ellos entonó el coro de los *Hugonotes* que dice: *Marchemos a la vez los uno contra los otros; tres contra tres, el número es igual. Peleemos hasta morir*. [1ro f.\_v. col. 3]

[...] Los dos padrinos de Cipriano, que habían figurado mil veces en la ópera de los *Hugonotes*, se asustaron a la vista de aquellos tres rostros siniestros, y echaron a correr con la agilidad de dos ciervos lanzados por la jauría del duque de Northumberland. [1ro f.\_v. col. 3]

[...] El salón público de Drury-Lane estaba en una de esas noches de solemne exhibición. Centenares de jóvenes diputados de las cuatro partes del mundo tarareaban allí en veinte lenguas diferentes las cavatinas que el amor inspira a los músicos de todas las canciones, desde la canción parisiense hasta el *pantoun* malayo. [2do f.\_r. col. 3]

[...] El amor que Cipriano se tenía a sí mismo le hizo un servicio, por esta vez al menos, y le preservó de una distracción demasiado peligrosa. Contentóse con tener a distancia el enigma, según el espíritu del proverbio italiano, y saliendo del salón corrió a meterse en su palco para escuchar la *Norma*. [2do f.\_r. col. 4]